

Sociológica, año 19, número 55, pp. 303-316
Mayo-agosto de 2004



Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Introducción y edición crítica de Francisco Gil Villegas Montiel

María Lilia Pérez Franco*

UNA NUEVA EDICIÓN CRÍTICA DE UN TEXTO CLÁSICO DE LA SOCIOLOGÍA

En noviembre de 1904 y luego en junio de 1905 la más prestigiada revista académica de ciencias sociales en Alemania, *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, publicó dos artículos del sociólogo alemán Max Weber referidos a sus investigaciones sobre la relación entre “ética protestante” y lo que el autor denominó “espíritu del capitalismo”. Quince años más tarde, en 1920, el autor reedita ambos artículos como un texto único ampliado extensamente a través de un sinnúmero de notas a pie de página e incluido en el primer volumen de los tres que componen sus *Ensayos sobre sociología de la religión*, que serían publicados hasta después de su muerte (Gil Villegas, 2003a: 15). Para muchos estudiosos del campo de la sociología, este hecho probablemente significó la simple aparición de una nueva edición corregida y aumentada por el autor, la cual sería difundida a través de múltiples traducciones a diversos idiomas durante todo el siglo. Sin embargo, es precisamente aquí donde se finca el misterio y el encantamiento sociológico de esta obra, que sólo estudiosos atentos y actualizados pueden ayudarnos a dilucidar. De aquí la pertinencia y tino académico de la edición crítica aquí reseñada.

Un siglo después de la comunicación hemerográfica de Max Weber, investigadores de distintos países se aprestan a conmemorar este he-

* Socióloga y profesora-investigadora en el área de “Sociología de las Universidades” del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. Correo electrónico: lpf@correo.azc.uam.mx

cho. En México, el profesor Francisco Gil Villegas Montiel, reconocido especialista en la obra del sociólogo alemán, a través de la casa editorial Fondo de Cultura Económica (fce), reedita de manera crítica esta obra, que como nos dice él mismo, ha producido probablemente una de las polémicas de más largo alcance en las ciencias sociales del siglo xx e inicios del xxi. Es sin lugar a dudas una contribución notable a la celebración de este acontecimiento y pone a disposición del público mexicano y de habla hispana un conocimiento erudito y actualizado de lo que hoy se debate en el campo especializado de la sociología comprensiva de Max Weber, tanto en su natal Alemania como en otras latitudes.

La trascendencia de un texto como éste, considerado uno de los más grandes clásicos de la sociología depende, por un lado, de la universalidad del tema que analiza y, por otro, de los alcances de los nuevos conocimientos que aporta, indisolublemente vinculados con los procedimientos metodológicos y las fuentes que emplea para su fundamentación. La exégesis y reinterpretación de esta obra ha hecho visibles aportes e insuficiencias de corrientes interpretativas en las disciplinas sociales que, de otra manera, quizás hubieran quedado sin expresión. Tal hecho es relevante porque transcurrido un siglo la obra sigue siendo objeto de estudio profundo, influyendo en la investigación en ciencias sociales y mostrando las insuficiencias de su lectura y de las críticas a que ha dado lugar. Especialmente se ha hecho visible el desconocimiento de su contexto intelectual de gestación y, en consecuencia, de las intenciones originales del autor, tornando menos nítido su aporte cabal al desarrollo de las ciencias sociales contemporáneas.

La ventaja de una edición crítica como la que aquí se presenta es que nos acompaña en el estudio de la obra como tal, animándonos en la comprensión detallada de lo que para neófitos o especialistas ha sido o pudiera ser la lectura de una de las obras clásicas de la sociología comprensiva de Max Weber. Al mismo tiempo, nos permite profundizar en el conocimiento de la temática al incluir como apéndice otros textos de sociología de la religión, provenientes de otras conocidas obras de Weber, donde volvió a abordar la relación entre el protestantismo y el capitalismo, amenizando esta tarea con la reseña detallada de los avatares académicos e ideológicos que ha padecido en el transcurso del tiempo la lectura de esta obra clásica (Gil Villegas, 2003a: 25).

EL LIBRO QUE EL AUTOR NUNCA ESCRIBIÓ Y QUE TODOS LEÍMOS

Gil Villegas señala en la primera parte de su introducción distintos aspectos relacionados con la obra. No reseñaré todos; me referiré sólo a algunos de ellos, aunque considerando el conjunto de los textos ofrecidos en la presente edición. Uno de ellos que me parece importante es que Max Weber nunca escribió o publicó un libro titulado *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Sin embargo, este libro existe y es el que el público especializado en ciencias sociales en México y otras partes del mundo hemos leído durante todo el siglo xx. La configuración editorial más difundida y estudiada es aquella que tomó como referencia la edición y traducción al inglés que en 1930 hiciera Talcott Parsons en Estados Unidos. La ventaja indiscutible es que hemos tenido acceso al texto. La dificultad es que esa edición se acompañaba de una introducción elaborada para los tres volúmenes de los ensayos de 1920 y no sólo para el ensayo sobre la ética. Más aún, la primera edición y las subsecuentes traducidas al idioma español no hacen aclaración alguna (Gil Villegas, 2003a: 16). Asistidos por el conocimiento erudito del editor, hoy podemos comprender las dificultades de interpretación que estos hechos plantean. Aunado a ello, el desconocimiento de que la tesis central del ensayo tiene hasta cierto punto dos versiones, la de 1904-1905 y la de 1920, hace relevante plantear las diferencias entre una y otra para así conocer la intención del autor al plantearse originalmente el tema de investigación y las hipótesis que lo orientaron, pero también las posteriores adiciones y la manera en que éstas modificaron la versión original.

Con un ensayo introductorio elaborado por el propio Weber 16 años después y para una obra distinta y mucho más amplia que *La ética protestante...*, el cual necesariamente contiene la experiencia de la larga trayectoria como investigador del autor, es comprensible que se considere que las cuantiosas notas al pie y algunas modificaciones sustantivas al cuerpo del texto hagan de la versión de 1920 una obra distinta a la planteada originalmente. Asunto que, con la presente edición es posible ahora dilucidar, si consideramos el cuidado con el que el editor hace visibles las diferencias entre una versión y otra a través de indicaciones precisas y de textos de referencia. Considerando estas características, tenemos la fortuna de contar hoy en México con una *edición de estudio* de notable calidad académica.

**EL MISTERIO DE LA EQUÍVOCA LECTURA DE LA
HIPÓTESIS WEBERIANA ACERCA DE LA RELACIÓN ENTRE
“ÉTICA PROTESTANTE” Y “ESPÍRITU DEL CAPITALISMO”**

Ninguna investigación, ni la comunicación de sus resultados, resulta clara sin más. Su interpretación requiere de su propio contexto de referencia y del contexto específico de quien hace la lectura. Esto es importante para comprender las razones o sinrazones de las equívocas lecturas a las que ha dado lugar esta obra desde su aparición, así como a lo largo ya de un siglo, y que detalladamente reseña el editor (Gil Villegas, 2003a: 20-24). Me referiré a dos aspectos.

El primero tiene que ver con la descuidada o superficial lectura que la obra ha tenido de parte de algunos historiadores y estudiosos de los temas planteados por Weber, tanto en vida del autor como después de su muerte, y que influyeron de manera definitiva en una frecuente recepción superficial y confusa de los aportes weberianos a lo largo del siglo. Estos críticos redujeron el planteamiento de Weber a la supuesta explicación genética que la ética protestante tuvo en el desarrollo del capitalismo como sistema económico. Gil Villegas nos presenta básicamente las críticas de Karl Fischer, Felix Rachfahl (1907, 1908 y 1910) y H.M. Robertson (1933). Especialmente se ocupa de Rachfahl, ya que el propio Weber se aventuró en dos ocasiones, como él mismo lo dice, en la desesperante e indignante pero necesaria tarea de explicar el sentido teórico y metodológico de sus tesis a un lector del que piensa lo siguiente:

En fin, de acuerdo a mi experiencia, las cosas por lo general salen mal en una polémica cuando con el fin de aparentar que siempre se está en lo correcto uno de los polemistas se ve forzado a pretender que es incluso más estúpido (como ocurre en este caso) de lo que realmente es (Weber, 2003: 492).

Y más aún:

...que pertenece [Rachfahl] a esa calaña de “críticos” pendencieros (Klopffechter) que quedan bien ante lectores que gustan del pleito, pero que no han leído la obra reseñada (Weber, 2003: 521).

Precisamente uno de los aportes más significativos de esta edición crítica es la primera traducción al español, directamente del alemán,

de la extensa respuesta cargada de apasionadas aclaraciones y precisiones importantes, que Weber hace en su celebre artículo “Mi palabra final a mis críticos”, publicado en 1910 y de dónde provienen estas citas. Se acompaña la traducción con una nota del editor que da contexto a la polémica y en la que se precisa que después de estas aclaraciones Weber no vuelve a tocar el tema sino hasta la versión revisada de 1920, en la introducción general y en los agregados a las notas de pie de página, donde se le percibe como un académico consagrado que ya no da lugar a aclaraciones o comentarios personales, ni discute nada fuera del tema que le ocupa como especialista reconocido en el campo.

Otro factor a considerar en la distorsión interpretativa a la que ha dado lugar el fino aporte de Weber en el estudio de la conformación del orden social capitalista es la constante y maniquea contraposición entre la explicación marxista del surgimiento y desarrollo del capitalismo, dentro de la perspectiva materialista, y el aporte weberiano en la perspectiva comprensiva de la sociología alemana en torno a este mismo tema. Finalmente, esta falaz interpretación se reduce a la contraposición entre una causalidad “idealista” y antimaterialista, supuestamente ostentada por y en la obra de Weber, y la interpretación “materialista histórica”, objetivamente expresada en la intención deliberada de la acumulación de ganancia por parte de una clase, lo que explica el surgimiento y desarrollo del capitalismo en la perspectiva marxista. Este es un punto relevante para la reflexión en torno a la unicausalidad explicativa del materialismo histórico respecto al surgimiento del modo de producción capitalista y a la multicausalidad o pluralismo metodológico propuesto por Max Weber en la explicación del mismo fenómeno. De aquí la importancia de remarcar la diferencia crucial entre “espíritu” del capitalismo y “sistema” capitalista, como modelo económico (Gil Villegas, 2003a: 13, y Weber, 2003: 464).

Para aquellos que dedicamos un tiempo importante de nuestro quehacer académico a la docencia dirigida a científicos sociales en los distintos niveles formativos, quizás este sea uno de los aspectos más relevantes a valorar en la recepción de esta edición. El detalle con el que se hace observable la hipótesis de investigación de Max Weber, sus pretensiones claramente identificables en el cuerpo del texto y profundizadas por los textos complementarios, en especial por la introducción y las notas críticas, hacen de este libro una con-

tribución generosa para la enseñanza de las ciencias sociales en general, pero en particular de la sociología.

LAS PRECISIONES DE 1910 Y 1920 EN TORNO A LA HIPÓTESIS ORIGINAL

En la segunda parte de la introducción al texto Francisco Gil Villegas desarrolla un conjunto de precisiones sobre la hipótesis de la obra y las intenciones originales, que se complementan y profundizan con la revisión de los agregados hechos a la obra para la publicación de 1920, así como con la traducción de “Mi palabra final a mis críticos”, pero especialmente con las 251 notas críticas elaboradas eruditamente por él, como editor (Gil Villegas, 2003b: 291-351).

Resumiendo, el planteamiento original del autor no fue nunca mostrar la causalidad genética del capitalismo como sistema económico en la relación mecánica entre una creencia religiosa, como el ascetismo protestante, y el desarrollo de la conducta económica capitalista, misma que pudiera generalizarse a cualquier época u organización social. Es decir, Weber no escribió en ningún lugar que el surgimiento del capitalismo estuviera determinado unicausalmente por la ética protestante. En sus célebres ensayos sobre el protestantismo, Weber jamás tuvo la intención de explicar el surgimiento y desarrollo del capitalismo como fenómeno histórico y económico, y menos aún como sistema, aunque en otras obras posteriores, como *Economía y sociedad* o la *Historia económica general*, sí emprendiera tal explicación.

En sus famosos ensayos sobre la ética protestante se propuso más bien una investigación fina y acotada, que tomando como base las investigaciones existentes en torno a la relación entre creencias religiosas y conducta económica en distintas épocas históricas, discutiera la forma particular en que la creencia en la predestinación de ser elegidos o condenados, propia del protestantismo especialmente calvinista, tendría como objetivo desarrollar un medio que permitiera a los creyentes borrar los signos de la condena (Weber, 2003: 463). A diferencia de otras sectas protestantes, el ascetismo calvinista no implica el retiro o el aislamiento del mundo como forma de purificación y, por lo tanto, la renuncia a la vida práctica. Por el contrario, implica un *ascetismo intramundano*, es decir, plenamente activo en el contexto práctico del trabajo cotidiano que lleva a un dominio

racional del mundo. Esto incide en la configuración de una ética que concibe al trabajo como el desarrollo ineludible de una vocación para alcanzar así la salvación eterna, que Weber denomina *visión del mundo* (Gil Villegas, 2003b: 283). Esta idea como tal no tendría mayor fuerza explicativa si no se relacionara con condiciones históricas materiales, especialmente económicas, a las que se asocia una *constelación de intereses sociales*. Son estos intereses los que se apropian de los efectos del sentido ético del trabajo como vocación (acumulación y reinversión) y de la exigencia de un modo particular de *conducción en la vida*, insertándolos en una dinámica económica ya en curso y contribuyendo, junto con otros factores, a la configuración de un *espíritu* que alienta el desarrollo del capitalismo (Gil Villegas, 2003a: 27-28, y Weber, 2003: 465, 477 y 482).

Es esta interrelación entre visión del mundo, constelación de intereses y modos de conducción de vida lo que constituye el esquema central del estudio de la relación entre *ética protestante y espíritu del capitalismo*, cuyo objetivo no puede ser, por tanto, explicar el surgimiento universal del capitalismo como sistema económico, sino la presencia de rasgos ascéticos en la mentalidad burguesa, planteándose así el tema de la *eficacia histórica de las ideas* en el rumbo de los intereses sociales en una determinada época. Idea expresada elocuentemente por Weber en la metáfora ferroviaria del guardagujas, que da sentido al epígrafe y a la portada de esta edición. Esta obra muestra, de manera notable, como para Weber no era suficiente una explicación únicamente motivacional, ni una exclusivamente institucional o material, de los procesos sociales, sino una fundada en la relación entre ambos factores (Gil Villegas, 2003a: 29).

Huyendo tanto del reduccionismo explicativo materialista como del idealista en la concepción de la historia, Weber emplea el concepto de *afinidades electivas* para referirse a la interpenetración mutua entre ideas y realidad social, de tal modo que el problema de la causalidad se convierte en algo más complejo que las explicaciones materialistas o idealistas tradicionales. Sin embargo, no deja de ser un concepto ambiguo en su contenido, aunque no en su papel metodológico, que en cierta medida explica por un lado su frecuente incompreensión y, por el otro, la pertinencia de las aclaraciones de Weber a sus críticos. En breve, para el caso las “afinidades electivas” se refieren a las combinaciones entre ideas y condiciones institucionales que dan lugar a que dos elementos fuertemente unidos, como son el ascetismo intramundano

y la concepción ética del trabajo como factor de salvación, se disocian en su sentido original en presencia de un tercer elemento que ejerce sobre uno de los dos primeros una atracción o afinidad mayor. En este caso, ese tercer factor serían las condiciones históricas materiales y la constelación de intereses que asisten al desarrollo del capitalismo y que “aprovechan” el sentido de la profesión como vocación en una lógica económica despojada paulatinamente de su sentido religioso. Más que tratarse de una relación causal, se trata de un nexo más abierto y flexible de afinidad y “coincidencia” que produce efectos no buscados (Gil Villegas, 2003a: 31, y 2003b: 304 y 318-320).

Finalmente, acorde con este aspecto metodológico y en torno a las variaciones de la hipótesis original, uno de los aspectos más interesantes de la reedición de 1920 es que introduce en cuatro ocasiones la categoría de *desencantamiento del mundo* o “*desmagicación*”, que no formaba parte del texto original, sin que Weber haga ninguna aclaración con respecto a este significativo agregado. No deja de ser importante, porque esta categoría se refiere a una interpretación más compleja y amplia entre ideas e intereses de la que está presente en los ensayos de principios de siglo.

La categoría se refiere al proceso de racionalización de la cultura occidental, concebido como un proceso constante de intelectualización del mundo, primero a través de la religión, orientada a la eliminación de la magia para alcanzar la salvación, y después, a través del ascetismo intramundano, para finalmente desembocar en el abandono de la normatividad por distintos ámbitos de la cultura y arribar, finalmente, a la extrema racionalidad de la ciencia. El papel que este concepto pudiera tener en el texto se relaciona con la reflexión sobre el carácter no lineal del proceso de racionalización o “desencantamiento del mundo”, refiriéndose a la capacidad de las instituciones sociales y de los significados subjetivos de los actores para generar nuevas formas de irracionalidad y encantamiento, que a su vez han de ser desencantadas y racionalizadas. Se incluye, pues, en esta versión (Gil Villegas, 2003a: 17, y 2003b: 325-333 y 342), una reflexión sobre la modernidad y los procesos de modernización, que no estaba presente en la hipótesis original de los ensayos de 1904 y 1905 y que da cuenta de la profundización de las investigaciones en este campo que Weber da a conocer a través de su “Introducción a la ética económica de las religiones universales” y de su “Excurso”, elaborados

ambos entre 1913 y 1915 y que forman parte de los tres volúmenes de sus *Ensayos de sociología de la religión*.

Las referencias sustanciosas acerca de las fuentes que contribuyen a la formulación de la relación entre *ética protestante y espíritu del capitalismo* es otra pista para comprender la lógica de la formulación teórica e histórica de la investigación. Las alusiones a Georg Simmel (afinidades electivas); Werner Sombart (espíritu del capitalismo); Ernst Troeltsch (conocimiento teológico); Georg Jellinek (tipos ideales), y Heinrich Rickert (metodología de las ciencias naturales y sociales), constituyen de hecho la sugerencia de un programa para profundizar en el estudio del contexto de la obra y adentrarse en una lectura informada de los textos incluidos en la edición (Gil Villegas, 2003a: 34-48).

FRANCISCO GIL VILLEGAS Y SU EDICIÓN CRÍTICA DE LA ÉTICA PROTESTANTE Y EL ESPÍRITU DEL CAPITALISMO

La concepción de la edición crítica de una obra clásica como la que aquí se reseña es una tarea compleja que sólo puede ser asumida por quien demuestra conocimiento, pasión y madurez en el estudio profundo de la obra completa de Max Weber, de su contexto intelectual, de las polémicas a que dan lugar sus aportaciones y de las constantes actualizaciones que sobre el tema se hacen en distintas latitudes. Un esfuerzo así representa, sin lugar a dudas, el cultivo del campo de conocimiento de la teoría social y la pertenencia a una comunidad internacional que celebra sus aportes y desarrollos difundiendo y discutiendo los descubrimientos más recientes en su campo. Así, podemos identificar a Francisco Gil Villegas como un especialista de primer nivel que siendo parte de una comunidad académica internacional de estudiosos de la obra de Max Weber nos comparte, antes que en otros países, un estudio detallado de la obra y de sus diversas recepciones en el campo de conocimiento de las ciencias sociales a lo largo del siglo xx.

Otra cualidad a destacar en el trabajo de la edición es la generosidad académica del autor, al poner a disposición de un público especializado o inicialmente encaminado por estos rumbos disciplina-rios, el resultado de una larga trayectoria reflexiva, constantemente actualizada y vinculada a los aportes más recientes realizados en

distintos países, pero especialmente en Alemania, en torno a la edición crítica de la obra completa de Max Weber, empresa que se ha venido desarrollando durante los últimos 25 años. Como muestra tenemos la bibliografía cronológica que acompaña a la edición, pero sobre todo las 251 notas críticas.

Las notas críticas no sólo informan sobre reformadores como Lutero, Calvino, Zwinglio, Melanchton, Knox o Richard Baxter, o sobre las diferencias entre cuáqueros, metodistas, baptistas, anabaptistas, mennonitas, arminianos y pietistas, sino que también ofrecen una traducción completa de las citas en latín y griego usadas por Weber y que no habían sido nunca traducidas en otras ediciones previas y de gran difusión de la *Ética protestante*. En otros casos, las notas críticas dan referencias filológicas completas sobre ideas y frases, por ejemplo, de Schiller, Goethe y Nietzsche, usadas por Weber, quien no citaba expresamente por nombre a los autores clásicos, dado que suponía que todo lector alemán culto de su época tenía la obligación de haberlos leído, y entendería sin problema los juegos y paráfrasis empleados en el texto. Por ejemplo, en la nota 233 de la p. 346, se informa y aclara que cuando Weber usó la paradoja de las consecuencias no buscadas en el caso del ascetismo calvinista que se parece a “aquella fuerza que siempre quiere lo bueno y siempre crea lo malo” (porque al buscar las señales de su salvación, que es algo bueno, genera sin proponérselo las consecuencias “malas” del capitalismo); de hecho invirtió la ironía de Mefistófeles, quien al informarle a Fausto quién es, afirma en el verso 1336 del drama clásico: “una fuerza que siempre quiere lo malo y siempre crea lo bueno”.

Weber no “ofende” aquí al lector alemán por medio de una cita directa al *Fausto*, obra básica de la cultura alemana desde la escuela elemental (sería como citar a pie de página *El Quijote* de Cervantes después de usar la frase “En un lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme”), pero como para el público de habla hispana la referencia al *Fausto* no es tan directa y evidente, Gil Villegas usa sus conocimientos de germanística para dar cuenta de ello, conforme cita los versos originales de Goethe en alemán, los contrasta con la inversión de términos realizada por Weber, y proporciona la traducción al castellano. Algo semejante ocurre con la referencia a Nietzsche, no explicitada por Weber, cuando en la última página de su segundo ensayo (véase p. 350) utiliza el mismo regaño de Zarathustra

hacia esos “especialistas sin espíritu y gozadores sin corazón de la cultura filisteo de la modernidad contemporánea”.

En la contraportada inicial se informa que la traducción de los textos centrales de la *Ética protestante*, de Luis Legaz Lacambra, fue “revisada y corregida” por Gil Villegas, pero de hecho en muchos párrafos la revisión corrige radicalmente la traducción inicial para hacerla más precisa, apegada al original, y actualizada a la terminología utilizada hoy por la comunidad académica de habla hispana. Por ejemplo, en el caso del término “*Lebensführung*”, Gil Villegas traduce sistemáticamente como “conducción de vida” ahí donde Legaz Lacambra frecuentemente lo vierte como simple “conducta”, lo cual no da idea del término técnico específico usado por Weber (véase nota explicativa respectiva, pp. 299-300). Por otro lado, basta comparar el inicio de la traducción de Legaz Lacambra en la edición de Península, en Barcelona, con la que Gil Villegas ofrece (p. 53), para percatarse que en los cruciales párrafos iniciales de la obra se trata de dos traducciones muy diferentes, y así la edición crítica del Fondo de Cultura Económica ofrece algo más sustantivo que una simple traducción “revisada y corregida”.

En fin, ya sea porque en las notas se nos aclara en quién pensaba Weber cuando mencionó que “Maquiavelo tuvo precursores en la India” (pp. 293-294), o que los *Skoptzi* son una secta ascética rusa que voluntariamente se castraba para eliminar radicalmente “las tentaciones de la carne” (p. 311), o que “Mammonismo” no es una pedantería sino la idolatría del dinero (p. 304), o que los *Trapezitas* no eran cirqueros sino banqueros porque en griego “trapesites” significa banquillo (p. 303), o que “crematístico” no es un producto lácteo sino que viene del griego y significa riqueza, tesoro, dinero (p. 312), o que “*Auri sacra fames*” es la “maldita hambre de oro” a la que se refiere Virgilio en *La Eneida* (p. 310), o que los cuáqueros fueron fundados por un tal George Fox y, en consecuencia, originalmente se conocían como “Sociedad de amigos de Fox” (pp. 303 y 318), o que *Ligorio* no era un galán de barrio sino un doctor de la Iglesia católica del siglo XVIII y principal exponente del probabilismo moral (pp. 328-329), o que Hooker no era ni una prostituta del Bronx ni el enemigo de Peter Pan, sino el principal teólogo de la Iglesia anglicana en el siglo XVI (p. 337), o por qué Troeltsch se anticipó a Weber en la noción de la “ética de convicción” (p. 333) y también publicó un año antes que Weber un artículo que anticipaba sus principales observaciones sobre la relación entre

la ética protestante y la mentalidad capitalista moderna (p. 335) o, en fin, por qué debe traducirse *stalhartes Gehäuse* por “jaula de hierro” y no por “férreo estuche”, como lo tradujo mal Legaz Lacambra en 1955 (p. 349). Por todas esas, y más razones, las notas de Gil Villegas facilitarán la mejor lectura y comprensión del célebre texto de Weber y contribuirán seguramente a disminuir considerablemente, a partir de ahora, los riesgos de una mala comprensión del mismo.

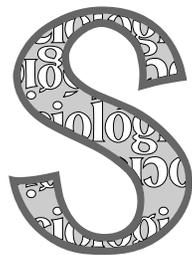
Por otro lado, vale la pena reconocer la labor editorial del Fondo de Cultura Económica (fce) por difundir algunas de las obras más importantes de Max Weber, esfuerzo que se inicia en 1944 con la monumental tarea de traducción de *Economía y sociedad*, la primera hecha a cualquier idioma en el mundo, a cargo, entre otros, de don José Medina Echavarría, entonces investigador de El Colegio de México. Hoy, esta empresa cultural continúa con la tradición de sacar a la luz antes que en otros idiomas una edición crítica de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* a cargo de Francisco Gil Villegas Montiel, también investigador de El Colegio de México. La edición mexicana se adelanta por lo menos un año a la que actualmente se prepara en Alemania. La gran tradición y compromiso con las ciencias sociales de habla hispana del fce, sumado a los aportes sustantivos de la investigación en teoría social hechos por estos autores y su institución académica de referencia, han resultado un binomio positivo del que nos beneficiamos directamente todos los que cultivamos el campo de conocimiento de las ciencias sociales en México.

Para finalizar, un par de comentarios sobre el trabajo editorial. Sería deseable para las futuras reimpresiones o reediciones de este estupendo libro que la acertada señalización que compara las dos versiones del texto y las referencias críticas se acompañaran al inicio con una breve tabla que explicara qué significan los símbolos empleados en el conjunto de la edición (//, [], *, 1, 2..., 251), para facilitar así el uso de la información que contiene el libro en su conjunto.

Como he señalado ya, un aporte central de la edición lo constituyen sin duda alguna las notas críticas, cuyo contenido experto bien puede utilizarse independientemente de la lectura directa de la obra aquí presentada. Sin embargo, al ser éstas pensadas y elaboradas al servicio directo de la misma, un uso independiente resulta difícil, desperdiciando quizás una parte sustantiva del aporte de la edición. Por ello, valdría la pena que en el futuro la edición se acompañara con un índice analítico y, si fuera posible, con uno onomástico.



Contamos, pues, con una edición de notable calidad que nos permitirá celebrar el centenario de la publicación de una obra clásica de la sociología con una lectura guiada y con un informado estudio de su contenido y sus aportes al desarrollo de la ciencia social contemporánea. Es este el mejor homenaje que podemos hacer a Max Weber a cien años de su primera comunicación sobre sociología de la religión.



BIBLIOGRAFÍA

Gil Villegas Montiel, Francisco

2003a “Introducción del editor”, en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.

2003b “Notas críticas”, en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.

Weber, Max

2003 “Mi palabra final a mis críticos”, en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.